

Hombres, ideas y libros

Baroja, Unamuno y Ortega y Gasset

UOSE María Salaverria, escritor y periodista español, es una figura literaria de relieve escaso. La lista de sus publicaciones comprende no menos de una veintena de volúmenes. En ellos hay ensayos novelescos, dramas, artículos periodísticos y páginas biográficas. Su género predilecto es el periodismo. Por temperamento, sin duda, a la vez que por interés crematístico. En el prólogo de su último libro, «Retratos», Salaverria nos dice cuál es el inmenso influjo de la prensa sobre la literatura. Toda ella, en los días actuales, se encuentra teñida en cierto modo con el color especial que el periodismo le impone.

De este libro reciente de Salaverria tentaremos dar un pequeño resumen en estas líneas. Está compuesto por cinco artículos dedicados a Regoyos, el pintor español ya fallecido; a Baroja, a Unamuno, a Ortega y Gasset y a Emilio Bécher. Un prólogo y un epílogo, llenos de consideraciones agudas que darían seguramente pie para más de un comentario de actualidad, completan la obra. Veamos entretanto lo que Salaverria nos dice de Baroja, Unamuno y Ortega y Gasset. El autor es amigo personal de cada uno de estos escritores, y por eso su relato tiene el carácter animado y vivo que fluye de la impresión directa. Junto a ellos Salaverria ha vivido muchas horas de entusiasmo, de agitación, de frenesí. No comulga con todas y cada una de sus

ideas, pero eso no resta efusión a su amistad ni hace palidecer el tono que reviste su obra.

Respecto de Baroja hallamos en «Retratos» una pintura harlo feliz de la casa familiar del novelista vasco. La familia Baroja es una unidad perfecta, con una fuerza íntima considerable que amalgama en ideales de cultura y de arte a todos sus componentes. En ese hogar han sido acogidos muchos escritores, artistas y hombres de ciencia de España y del extranjero, con el cariño cordial que se dispensa a los amigos de siempre y a los que llevan algo de la propia sangre en las venas. Pío Baroja y su hermano Ricardo, el padre de ambos, don Serafín, y su esposa y su hija, son los miembros de ese organismo sano, efusivo y cordial.

Pío Baroja, el novelista que ha escrito páginas tan recias, es un hombre doméstico y bondadoso que hace una vida hogareña. De cuando en cuando, es cierto, hace un viaje por algún viejo rincón de España o llega hasta las márgenes del Sena a comprar libros viejos a los *bouquinistes* que inmortalizó Anatole France. Pero sus ausencias son breves. Salaverria dice que el novelista vuelve como un gato regalón a gustar nuevamente del calorcillo dulce de la chimenea y de la compañía grata de los suyos. Durante algún tiempo, Baroja tuvo cierto prestigio de ser aventurero. Algunos llegaron a atribuirle ideas disolventes y antisociales. Sus obras literarias de cierta época y especialmente su serie de novelas titulada «Memorias de un hombre de acción», que relata las hazañas de su antepasado Avinareta, le habían dado esa aureola peligrosa. «Temperamento exuberante — dice Salaverria —, rico en fantasía, fértil creador de personas de novela, perspicaz y agudísimo ingenio, que sabe descubrir los innumerables y para otros inexistentes matices de la vida; ágil y penetrante psicólogo, Pío Baroja es lo contrario del hombre de acción. Es el tipo del escritor sedentario por naturaleza y necesidad. Le intimida la acción, sin duda porque su instinto le dice que, en el fondo, la acción siempre supone dolor. Y Pío Baroja es el hombre que más se amedrenta frente al dolor.»

Tal es el escritor que ha sabido fijar en muchas páginas de novela algunas imágenes representativas de la literatura española. Puede decirse que el personaje de Baroja, uno en todas las novelas que han salido de su pluma diligente, es más o menos lo mismo que su secundo creador. Salaverría le define así: «Por las novelas de Baroja pasa casi siempre una persona central, el héroe, tipo obsesionante que varía de nombre y de lugar, pero no de estructura interior. Ese hombre barojiano, lleno de espíritu de Nietzsche, aspira a una enorme y exaltada vida de acción, a un éxito como satánico.» En efecto, no puede negarse que esa es una definición justa del héroe de Baroja. Ese hombre, a pesar de la potencia de su ensueño, fracasa en la realidad. Trata de vivir conforme a sus instintos, convencido sin duda de que fuera del instinto están el dolor y la muerte; trata de olvidar la tradición y el prejuicio; trata de ser grande y de modelar a su manera su ambiente. No lo consigue. De allí proviene «la especie de desolada tristeza que rezuman los libros de Baroja».

Salaverría no olvida en su ensayo algún breve inciso de reparos a Baroja. Le reprocha al novelista vasco su desaliño, su falta de compostura, su frecuente y sin duda deliberado olvido de la sintaxis, de la gramática, de la retórica. Si hubiese puesto algún mayor cuidado para escribir sus obras, nos dice, ellas le habrían procurado mayor gloria y se contarían de seguro entre las pocas que nuestra época legará al futuro. Sus libros están algo desencuadernados, en lo que se refiere a la estructura, a la ilación, al juego activo de la vida que por ellos circula, vehemente y atropellada. Reducidos a lo esencial, limadas sus asperezas, recompuestos, serían obras admirables porque tienen todas las cualidades para serlo.

En síntesis, veamos lo que Salaverría nos dice de Baroja: «Pero si nos detenemos en lo externo y episódico, en la arquitectura de sus libros, en sus paisajes, en sus diálogos, en su modo de decir general, entonces estamos obligados a confesar que tal vez no hay en la literatura española contemporánea un autor más divertido, de tanta graciosa y positiva amenidad, de tan original y acendrado humorismo.» Nadie que conozca a

Baroja en la extensa variedad de su obra, dejará de reconocer que el juicio de Salaverría es acertadísimo.

A continuación el autor se ocupa de Unamuno, el estridente ex Rector de la Universidad de Salamanca, desterrado por la monarquía española. No lo hace con simpatía íntima, como con Baroja, sino con cierta manera de contenida animadversión. Tal vez eso mismo le preste cierto vigor polémico y cierta acuidad de visión que hacen de este ensayo uno de los más interesantes del volumen, imposible de dejar de leer hasta su última línea. El cuño especial que Unamuno ha sabido dar a su figura personal y literaria, pasional personalidad de batalla, y su denodado combate contra ciertos hombres e instituciones, no son del todo gratos a Salaverría. «Unamuno—dice—es en el fondo un hombre de contextura antigua, sencillamente reaccionario por sus ideas más personales e íntimas, por sus gustos y su educación y aún por su raza.» Y luego escribe: «Unamuno estaría perfectamente situado en el siglo XVII, la época del barroco, el conceplismo, los autos sacramentales y las alambicadas controversias sobre puntos de fe católica.»

No es esto todo; Salaverría acierta a definir en unas cuantas palabras, de una admirable precisión, un aspecto que es primordial en la personalidad de Unamuno. Oigámosle: «Ese pudor que nos hace reservar ciertas ideas y que nos veda el referirnos a ciertos pormenores, acaso vergonzosos, de nuestra flaca naturaleza personal, ese pudor no existe en Unamuno. Si la palabra obscenidad no tuviese una aplicación tan restringida a determinadas partes de nuestro cuerpo, y no fuese de un sentido tan vejatorio, diríamos que Unamuno es un hombre obsceno. Le gusta desnudarse moralmente ante el público y mostrar sus vergüenzas psicológicas al aire, con una extraña sensualidad exhibitiva.» No habíamos hallado aún una síntesis tan poderosa del talento y de la manera unamunescos. Artículos, ensayos, novelas, versos de este escritor son siempre una sola y misma cosa: la revelación de su autor en todas y cada una de sus peculiaridades, aún las más íntimas y personales, las que cada hombre vela cuidadosamente. Hace algunos años un escritor

español, que firmaba con el seudónimo de Julián Sorel, escribió un libro disolvente respecto de Unamuno. Decía en él, con más detalle, por cierto, y con una animosa inquina que no se halla en el libro de Salaverría, muchas de las cosas que se leen en este «Retrato». Pero a lo largo de sus páginas no encontramos un juicio tan acertado como el que nos ofrece en unas cuantas líneas Salaverría.

Hay más aún en el ensayo de éste. Su definición del estilo de Unamuno—que Araquistain en su obra «Las columnas de Hércules», calificó de visceral;—sus alusiones a los plagios de Unamuno, analizados en su mecanismo erudito; su estudio de las pretensiones poéticas del autor de «Paz en la guerra», son otros tantos aciertos plenos. No restan, por cierto, grandeza a Unamuno, cuya varia inteligencia, profunda cultura y purísima vida personal nadie podría sin riesgo tratar de disminuir. Pero nos limitan la figura de Unamuno con un cerco férreo que no debemos perder de vista.

El artículo dedicado a Ortega y Gasset debe merecernos una mención especial. El reciente libro de Ortega y Gasset, «La deshumanización del arte», ha sido origen de numerosos artículos de prensa que han visto la luz hace poco en las páginas de nuestros diarios. Ciertas personas han presentado en ellos las más peregrinas y absurdas interpretaciones de las doctrinas estéticas expuestas por el autor de las «Meditaciones del Quijote». A fuerza de ser indoctos y saltos de sentido, a fuerza de estar concebidos con ligereza y escritos con los pies, tales artículos han tocado las lindes de la irreverencia. Nos parece un colmo de osadía tratar de buenas a primeras, sin conocimiento cabal de ciertas cosas, a Ortega y Gasset como a un escritorzuelo lugareño a quien pudiéramos hallar en el tranvía y con quien pudiéramos frecuentar un restaurant de moda. Reprocharle a Ortega y Gasset el uso de algunas palabras nuevas; discutirle sin razones atendibles sus puntos de vista sobre el arte nuevo; bordar en torno a su obra algún comentario frívolo y sin gracia, no alcanza a ser irritante. Es sólo ridículo.

Ortega y Gasset es el escritor de cultura más firmemente

estructurada que hay actualmente en España, nos dice Salaverría y nos lo prueba cada una de las obras de aquél. Su juventud y gran parte de su edad madura las ha pasado este hombre estudiando filosofía en las Universidades alemanas. Los mejores maestros de tales disciplinas han sido sus maestros. Mejor armado que nadie llegó a la república literaria. «Desde el principio—escribe Salaverría—ejerció una atracción verdaderamente inaudita.» «Todos quedaban—agrega—en posición subalterna junto a él, y esto sin que él hiciera ninguna maniobra de arribista, de trepador: naturalmente y como sin proponérselo, al modo del prócer que por derecho de estirpe se erige sencillamente en cabecera.» Su talento, su estilo, su manera de ver las cosas, hállanse contagiados, para Salaverría, por el mismo carácter. Son «absolutistas», porque el autor de «Las Atlántidas» es una especie de emperador de la inteligencia española, que acrecienta y fomenta con iniciativas y trabajos de toda índole.

Salaverría lo define en unas cuantas palabras: «En lo más avanzado y eminente de un campamento—escribe—suele haber un oficial investido de la grave misión de vigilar los alrededores y escrutar las lejanías. Tiene catalejos de largo alcance para interrogar el horizonte, y por la noche enfoca su poderoso reflector hacia el fondo de la tiniebla. Ningún ruido se le escapa. Todo indicio de movimiento, todo cuanto se agita en torno con un mínimo indicio de transcendencia es atrapado por la vigilancia siempre alerta del observador.» Y luego: «José Ortega y Gasset es ese observador vigilante dentro de la actual cultura de lengua española.»

Cierto es que Salaverría achaca luego a esta característica esencial de Ortega y Gasset alguna consecuencia perniciosa que asoma en su obra. Es cierto asán de novedad que la hace resentirse, en su opinión, de alguna flaqueza. Pero sea como quiera, este retrato de Ortega y Gasset tiene puntos singularmente atractivos que al lector atento de la obra del pensador español no podrán escapar. Salaverría lo ha escrito con respeto y con cariño, sin asomo alguno de envidia o de rencor.

Militan ambos escritores en campos diversos, en lo que se refiere a la política y a las ideas literarias, fuera de otros aspectos que tocan a la cultura y a la religión. Pero Salaverría no puede menos de reconocer el inmenso valor que tiene para España este joven pensador que ha sabido lograr en tan breve tiempo una obra tan segura y firme. Sus elogios a la elocuencia de Ortega y Gasset, a su estilo; la narración del triunfo fulminante, pero como ninguno sostenido, del autor de «Personas, obras, cosas», constituyen un reconocimiento bastante claro de la grandeza de Ortega y Gasset.

Tal es el libro de Salaverría: libro fecundo en enseñanzas, libro rico de vida, vario, insinuante, amenísimo, que logra presentarnos a su autor como un admirable conocedor de muchos aspectos de la vida y de las letras. Hasta ahora de ninguno de los suyos había podido decirse con tanta justicia que merecía el dictado de grande. En «Retratos» la sinceridad, el talento expresivo han logrado darnos una obra madura que debe conquistar para su autor un triunfo de considerables proporciones.

RAÚL SILVA CASTRO.